

BERCEO	112-113	263-279	Logroño	1987
--------	---------	---------	---------	------

UN ASENTAMIENTO DE LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO EN EL TERMINO DE RAPOSAL (ARNEDO, LA RIOJA)

Carlos Pérez Arrondo*
Pedro Alvarez Clavijo**

I. LOCALIZACION Y CARACTERISTICAS DEL LUGAR

El curso del Cidacos, que desde su nacimiento en el Puerto de Oncala sigue la dirección SW-NE, sufre en Arnedillo un brusco giro para tomar, hasta llegar a Autol, la dirección W-E. Dicho cambio se produce por la interposición de un ramal de la Sierra de la Hez o de Cabi-Monteros, en el que el río ha labrado un escarpe que lo acompañará hasta Autol. Dicho escarpe ha sido, a su vez, modificado por la erosión, que ha abierto en él multitud de barrancos o llasas con cursos de agua ocasionales. Como consecuencia de este doble proceso la margen izquierda del río queda flanqueada por una serie de cerros susceptibles de ser ocupados en diversas épocas, tanto por presentar una fácil defensa como por quedar a salvo de las frecuentes avenidas del propio río. Además, la superior altitud del Alto Mayor, El Collado y las Tres Tetas los protegen de los vientos dominantes del NW, y el suministro de agua y alimentos queda asegurado por la fértil vega que se extiende a sus pies.

La denominación de Raposal se aplica, en concreto, a un conjunto de estos cerretes que se localiza unos dos kilómetros aguas abajo de Arnedo. Su altitud máxima sobre el nivel del mar oscila entre los 614 y los 564 metros, mientras que el cauce del río discurre, aproximadamente, a 500 metros de altitud (fig. 1).

El lugar se iba a ver afectado por las obras para la construcción de una variante en la carretera comarcal que discurre entre Calahorra y Arnedo; y, al mismo tiempo, se

* Profesor Titular de Prehistoria. Colegio Universitario de La Rioja.

** Licenciado en Historia. Becario I.E.R.

proyectaba levantar allí un polígono industrial. En el curso de estos trabajos se apreció la existencia de algunas evidencias arqueológicas; se trataba, fundamentalmente, de restos de talla de cuarcitas.

Estas circunstancias aconsejaron la realización de una campaña de excavación de urgencia, encargada por la Consejería de Cultura de la Comunidad Autónoma de La Rioja al Profesor Carlos L. Pérez Arrondo, del Colegio Universitario. La misma se desarrollaría entre los días 17 y 21 de Junio de 1985 y en los trabajos de campo participarían, también, los licenciados I. Barrios, J. Ceniceros y C. López de Calle.

Nuestro interés se centró en una pequeña terraza, existente a media ladera, recortada por los barrancos que descienden hacia el curso del Cidacos. Estos accidentes conformaban una pequeña lengua de terreno, triangular, en cuya superficie detectamos la presencia de varios fragmentos de cerámica. La primera impresión parecía indicar que los hallazgos se debían a arrastres producidos por la erosión. Sin embargo, la prospección de las alturas inmediatas no ofreció resultados positivos. Además, las cimas aparecían totalmente peladas y desprovistas de suelo. En tales circunstancias, decidimos efectuar un sondeo en la pequeña terraza, para lo cual se cuadrículó un área rectangular de 21 metros cuadrados. Esta franja de terreno estaba delimitada, al Norte, por una de las cárcavas, que afectaba diagonalmente a las bandas Y y Z (fig. 2); mientras que por el Sur, a partir de la banda A, comenzaba el declive de la ladera. Entre ambos límites quedaba una zona intacta que, a duras penas, superaba los dos metros de anchura.

II. LA EXCAVACION Y SUS RESULTADOS

Una vez cumplido el primer objetivo, es decir, el discernimiento de la existencia de alguna zona con evidencias de estructuras o, al menos, de ocupación que se correspondieran con los restos cerámicos hallados en superficie, pasamos, en segundo término, a realizar un sondeo estratigráfico para determinar la posible secuencia de ocupación del lugar. El trabajo se llevaría a cabo mediante tallas de, aproximadamente, 20 centímetros, en cuadros de 1 metro cuadrado.

Una vez realizado el sondeo en los cuadros 12 y 14-A, pudimos distinguir hasta un total de tres estratos diferentes:

- Estrato a: Capa superficial con un espesor medio de 20 centímetros, variable según los cuadros. Presentaba algunos cantos, cuarcitas y fragmentos cerámicos rodados. En el cuadro 14-Y se apreciaba un manchón cenizoso con pequeños cantos y sin materiales, que habría quedado al descubierto por efecto de la erosión.
- Estrato b: Tiene un espesor de 25 a 30 centímetros y presenta varias zonas con manchones cenizos e, incluso, carbones vegetales, de los que se recogió una muestra para un ulterior análisis de Carbono 14. Aparecen algunos restos constructivos, que en su día tal vez correspondieran al zócalo de un murete levantado con cantos rodados y arcilla. Su pésimo estado de conservación nos hace ser cautos, sin embargo, a la hora de interpretarlo. En cualquier caso, advertimos una evidente direccionalidad en su distribución, ya que cruzan desde el cuadro 8-Z al 14-Y (fig. 2). Varios cantos dispersos podrían indicar la existencia, originalmente, de otros muros perpendiculares al anterior, que la erosión se habría encargado de dismantelar. También se constató, en algunos cuadros, la existencia

de restos de una suerte de pavimento o enlucido de tierra apisonada. La cerámica se concentraba, básicamente, en los cuadros 4/6-A y 12/14-Z/A; y es interesante señalar que los manchones cenizos eran estériles, lo que nos obliga a pensar que corresponderían a la carbonización de las estructuras lúneas que, sin lugar a dudas, configurarían el alzado de la vivienda.

- Estrato c: Se trata de un estrato arcilloso totalmente estéril, como se pudo comprobar en el sondeo de los cuadros 12/14-A y en el cuadro 10-Z, al norte del murete, donde aparece a menor profundidad.

Del estudio de la secuencia estratigráfica podemos deducir que en el lugar existían restos correspondientes a un único nivel de ocupación, de duración limitada. Esta apreciación parece quedar confirmada tras el análisis de los materiales recuperados, cuyos resultados expondremos a continuación. La presencia de un hipotético murete rectilíneo abonaría la hipótesis de que la vivienda tuviera una planta rectangular. Aunque la erosión ha destruido, de hecho, la mayor parte de las estructuras, no parece lógico pensar que existiera originalmente un núcleo importante de construcciones, máxime si tenemos en cuenta las reducidas dimensiones de la terraza.

III. LA CULTURA MATERIAL

A. La cerámica

El ajuar cerámico constituye, prácticamente, la totalidad de las evidencias materiales recuperadas durante la excavación. Para su análisis lo hemos agrupado en: vasijas espatuladas, con buen acabado y tamaño mediano o pequeño, y vasijas comunes, con acabados meramente alisados o, incluso, irregulares, entre las que se incluyen, sobre todo, recipientes de gran tamaño.

1. *Cerámica espatulada.*

Entre las vasijas con acabado espatulado podemos reconocer, únicamente, una forma con perfil compuesto, carenado, cuello exvasado y fondo umbilicado. En los ejemplares reconstruibles el diámetro máximo puede oscilar entre 11,5 y 17 centímetros (figs. 3 y 4); aunque también contamos con la boca de una vasija que alcanza los 30 cms. (fig. 7, n.º 1). Algunos fragmentos de bordes podrían pertenecer a vasos con perfil simple y abierto (fig. 6, núms. 15, 16 y 18), aunque no contamos con otras evidencias de los mismos. El único sistema de suspensión atestiguado es el pezón con perforación horizontal, aplicado sobre la carena. Más interesante resulta el estudio de las decoraciones de estos vasos, entre las que encontramos las siguientes variedades:

- a) Excisiones; que recrean temas exentos en zig-zag, tanto sencillos (fig. 5, n.º 4), como recorridos por líneas incisas (fig. 5, núms. 2, 3 y 5), y romboidales (fig. 4). Como es normal en estos casos, las franjas decoradas están delimitadas por líneas incisas, que también rellenan los motivos exentos. Todas ellas se desarrollan sobre el hombro de las vasijas.
- b) Acanalados: Están presentes en varios fragmentos que parecen corresponder al hombro de otras tantas vasijas. En ellas las acanaladuras se distribuyen horizon-

talmente y, en la mayoría de los casos, aparecen separadas por bandas lisas (fig. 6, núms. 1 a 8).

- c) Impresiones: Tan sólo encontramos dos fragmentos impresos. En un caso se trata de un vaso con cuello exvasado en cuyo labio se han producido depresiones transversales (fig. 6, n.º 14). El otro fragmento corresponde a la pared de un vaso de gran tamaño, cuyo perfil no puede determinarse. Presenta una serie de impresiones ovaladas y poco profundas (fig. 6, n.º 9).

2. Cerámica común.

A partir de los fragmentos recuperados pudimos reconstruir algunos perfiles que nos permiten reconocer dos tipos de vasijas; por un lado, aquellas que contarían con un cuerpo carenado y cuello exvasado bastante desarrollado (fig. 7, núms. 2 y 3) y, por otro, las que presentan un perfil sinuoso, con cuello también exvasado, pero más corto en relación con el cuerpo (figs. 8 y 9, núms. 2 y 4). El diámetro máximo de las primeras oscila entre los 30 y los 35 centímetros, mientras que en las segundas se encuentra entre 18 y 22 centímetros. A tenor de los restos recogidos, los fondos de las mismas serían planos y ligeramente marcados al exterior (fig. 9, núms. 13 a 16). Resulta difícil determinar cuál sería el perfil de una de estas vasijas, con 39 centímetros de diámetro en la boca, que parece un tanto extraño, si atendemos a los fragmentos conservados (fig. 7, n.º 4).

Las decoraciones que reciben estos recipientes son escasas. Se limitan a las incisiones transversales y digitaciones que se aplican sobre los labios de varias de ellas (figs. 9, núms. 3 y 5 a 8). No encontramos ningún ejemplo de cordones aplicados y digitados.

B. Otros materiales.

El resto del ajuar recuperado se reduce a un botón de bronce y a un canto rodado partido. El primero presenta una sección cónica y un travesaño algo deteriorado (fig. 10). Por lo que respecta al segundo, es difícil determinar la existencia de huellas de uso aunque su forma lo hace propicio para ser empleado como machacador. Es interesante señalar que no aparecieron restos óseos que, por el contrario, son habituales en los yacimientos de habitación. Únicamente se recogió un fragmento de concha, correspondiente a un molusco de río.

IV. CONCLUSIONES

A. Atribución cronológica y cultural del yacimiento.

Los materiales y estructuras recuperados nos permiten afirmar que en el lugar se desarrolló una sola ocupación de duración limitada. El ajuar, fundamentalmente cerámico, encuentra una réplica adecuada en el que caracteriza al nivel III de Partelapeña (El Redal, La Rioja)¹. Las coincidencias se manifiestan no sólo en los perfiles de las vasijas

1. ALVAREZ CLAVIJO, P. y PEREZ ARRONDO, C. L.: *La cerámica excisa de la Primera Edad del Hierro en el Valle Alto y Medio del Ebro*. Logroño, 1987.

sino también en las técnicas decorativas y motivos que las ornamentan. Destaca, entre aquéllas, la existencia de excisiones y acanalados en las vasos carenadas con acabado espatulado. Indudablemente, el repertorio decorativo de Partelapeña es mucho más variado, especialmente en el campo de las impresiones de instrumento aplicadas a estas vasijas y en el de los cordones digitados que suelen aparecer sobre las vasijas comunes de mayor tamaño.

Podemos anotar algunas diferencias en cuanto a las calidades de las pastas y los acabados. En este sentido, la comparación es favorable a la cerámica de Partelapeña, cuyo yacimiento goza de una mayor tradición alfarera, apoyada en la pervivencia del asentamiento. Sería un tanto aventurado extraer conclusiones de tipo histórico sirviéndonos de este dato. Podríamos inferir, por ejemplo, las relaciones de las gentes que ocuparon el Raposal con otros núcleos de población, diferentes de Partelapeña, que les proveerían, entre otros productos, de las cerámicas. Creemos, sin embargo, que en este momento la calidad de la cerámica no es un aspecto especialmente revelador ya que dicha actividad no ha entrado aún en un estadio de producción con vistas a su comercialización. Al menos, carecemos de datos que confirmen esta actividad hasta la fase P II b de Cortes de Navarra. En algunas viviendas de este poblado se hallaron numerosas vasijas, correspondientes a formas muy determinadas. Su producción masiva podría explicarse si la misma estaba dirigida a fines comerciales².

El único resto metálico hallado en Raposal, el botón cónico de bronce con travesañ, está documentado, igualmente, en el nivel III de Partelapeña, en el que se recogieron dos piezas similares. El valor cronológico de este elemento es, por sí sólo, bastante limitado, teniendo en cuenta la perduración del mismo durante la Primera Edad del Hierro. Así nos lo indican los botones aparecidos, por ejemplo, en el cercano yacimiento de Cortes de Navarra³. Su interés aumenta cuando, como en este caso, contamos con un contexto claro en el que encasillarlo.

La coincidencia en cuanto a los rasgos más significativos de la cultura material abona la posibilidad de atribuir al asentamiento de Raposal una cronología semejante a la que el análisis de Carbono-14 concedió al nivel III de Partelapeña - 680 ± 50 a. C.⁴-; por lo que podemos emplazarlo en torno al comienzo del siglo VII a. C.

Para encontrar otras conexiones, en lo que se refiere a la cultura material, debemos salir del territorio de la hoya de Arnedo, propiamente dicha, y llegar hasta la finca de San Pedro Mártir, a mitad de camino entre Arnedo y Calahorra. En ella se recogieron superficialmente fragmentos de cerámica no torneada con decoraciones acanaladas, incisas y excisas⁵, paralelizables con las de Raposal. Su importancia queda relativizada por el hecho de tratarse de materiales procedentes de prospección. La interpretación de los

2. MALUQUER DE MOTES, J.: *Cortes de Navarra, Estudio crítico. II*. Pamplona, 1958. Vid. págs.: 97, 98 y 142.

3. RUIZ ZAPATERO, G.: *Los Campos de Urnas del Nordeste de la Península Ibérica*. Madrid, 1985. Vid. págs. 974 a 976.

MALUQUER DE MOTES, J.: Op. cit. Pág.: 37.

4. ALVAREZ CLAVIJO, P. y PÉREZ ARRONDO, C. L.: Op. cit.

PÉREZ ARRONDO, C.L., y ALVAREZ CLAVIJO, P., «La cerámica excisa de Partelapeña (El Redal). Datos proporcionados por las últimas excavaciones». *Cuadernos de Investigación Histórica*, n.º 12. Logroño, 1986, pp. 193-204.

5. PASCUAL, P. y H.: *Carta arqueológica de La Rioja: I. El Cidacos*. Logroño, 1984. Vid. págs.: 29-32.

mismos tal vez encuentre puntos de referencia en la importante concentración de yacimientos de la I.^a Edad del Hierro, localizada en torno a Calahorra⁶. Tan sólo en uno de ellos, el Cerro de Sorbán, se han realizado excavaciones, que han proporcionado una interesante secuencia estratigráfica. Pero, hasta que se publiquen estos trabajos, debemos remitirnos a los datos obtenidos en Partelapeña.

B. Carácter del asentamiento.

Más interesante será discernir el tipo de hábitat que nos encontramos en el caso de Raposal. Aun admitiendo variedades en cuanto a la distribución de las viviendas, dictadas muchas veces por las condiciones naturales, los asentamientos característicos de esta época en el Valle del Ebro, responden al tipo de hábitat concentrado y ubicado en las cimas de cerros o cabezos. Estos lugares son poco propicios para el cultivo y, generalmente, se han visto respetados por las remociones de terreno realizadas en épocas más o menos cercanas.

Las evidencias descubiertas en Raposal podrían relacionarse con algunos hallazgos de los últimos años que comienzan a cuestionar esta supuesta homogeneidad y plantean la existencia de hábitats dispersos que tendrían, en algunos casos, relación con otros núcleos más importantes. Así ocurre con ciertos yacimientos oscenses, dentro de la comarca de los Monegros. En el Tozal de los Regallos, por ejemplo, se localizó un fondo de cabaña a 500 metros del núcleo del asentamiento. Frente a la situación elevada de éste, aquél aprovechaba el fondo de un pequeño valle, rellenado por terrenos sedimentarios aptos para el cultivo⁷. En el caso del poblado de Valdeladrones el hábitat aparece dividido en dos núcleos que se localizan, uno en una suave ladera y otro, a 200 ó 300 metros, en la cima de la misma colina⁸. Ya al sur del Ebro, pero en la cercana comarca caspolina nos encontramos con el llamado «barrio de pescadores» localizado por J.J. Eiroa en las excavaciones de la Loma de los Brunos (Caspe). En este caso, varias viviendas se localizaban a orillas de una antigua laguna, dominada por el espolón sobre el que se asentaba el núcleo del poblado⁹.

En los yacimientos citados observamos cómo las viviendas ya no aparecen constreñidas a los lugares elevados sino que se desparraman por las laderas e, incluso, por el llano. Las razones de esta variada distribución tal vez haya que buscarlas en las circunstancias económicas que afectan a cada lugar. La erosión y los trabajos agrícolas seculares han podido destruir evidencias semejantes en otros puntos del Valle del Ebro.

6. PASCUAL, P. y H.: Op. cit. vid. págs.: 47-59.

GONZALEZ BLANCO, A.: «La Ciudad Prehistórica de Sorbán». *Inauguración de la Casa Municipal de Cultura*. Calahorra 1982, pp. 7-30.

GONZALEZ BLANCO, A. y OTROS: *El yacimiento de Sorbán y la Primera Edad del Hierro en Calahorra y La Rioja*. Calahorra, 1983.

7. RUIZ ZAPATERO, G.: «Un hábitat de los Campos de urnas en los Monegros». *Homenaje a M. Almagro Basch. Vol. II*. Madrid, 1983. Pp.: 147-156.

8. MONTON BROTO, F.: «El poblado prehistórico de Valdeladrones». *Bajo Aragón, Prehistoria. VI*. Caspe, 1985. Pp.: 109-146.

Referencias a este tipo de hábitats aparecen también en:

MAYA, J.L.: «El Bronce Final-Hierro en la zona septentrional del Valle Medio del Ebro». *II Encuentros de Prehistoria Aragonesa*. (Zaragoza-Caspe, 29 de octubre a 1 de Noviembre), En prensa.

9. EIROA, J.J. y BACHILLER, J.A.: «Informe de la IV Campaña de excavaciones Arqueológicas en el poblado y necrópolis de la Loma de los Brunos de Caspe (Zaragoza)». *Bajo Aragón, Prehistoria. VI*. Caspe, 1985. Pp.: 147-192. (Vid. especialmente, págs.: 157 y 164).

En el caso de Raposal las referencias más cercanas a un hábitat concentrado nos remiten al poblado de San Miguel, que se encuentra sobre un cerro, dominando el cauce del Cidacos y el actual casco urbano de Arnedo. Las excavaciones realizadas por un equipo de la Universidad Autónoma de Madrid permanecen inéditas por el momento. Sin embargo, parece ser que afectaron, sobre todo, a un nivel de ocupación celtibérica. Pese a ello, no podemos descartar la mayor antigüedad del asentamiento, máxime si tenemos en cuenta los resultados de una prospección que, pocos años antes, realizara el Departamento de Prehistoria de la Universidad de Navarra. Durante la misma se recogieron algunas cerámicas no torneadas, entre las que destaca un fragmento de un vaso con decoración excisa¹⁰, al que se le podría suponer un contexto cultural parecido al detectado en Raposal.

Una interpretación semejante a la que damos a los restos de Raposal, es decir, su relación con algún hábitat concentrado todavía no localizado, tal vez pueda hacerse extensiva a los datos obtenidos en el curso de las prospecciones llevadas a cabo por H. y P. Pascual en un lugar próximo, conocido como Valdepineda. En el mismo, recogieron algunos fragmentos de cerámica no torneada y constataron la existencia de manchones cenizosos. Sin embargo, dichos autores no encontraron elementos que pudieran definir una relación cultural clara¹¹.

En cualquier caso, dadas las favorables condiciones geográficas descritas al comienzo, no parece extraño que futuros trabajos de campo multipliquen las evidencias conocidas, al tiempo que la publicación de las excavaciones realizadas en San Miguel puede servir para realizar una interpretación de conjunto sobre la ocupación de la zona durante la Edad del Hierro.

10. CASTIELLA, A.: «Un nuevo yacimiento celtibérico en Arnedo (Logroño)». *XIII C.N.A.* Zaragoza, 1977. Pp.: 627-632.

CASTIELLA, A.: *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja*. Pamplona, 1977. Vid. págs.: 154-161.

11. PASCUAL, H. y P.: Op. cit. Pp.: 28 y 29.





















